

CARLO COLLODI

Las aventuras de
Pinocho

ILUSTRACIONES DE
FEDERICO DELICADO



CARLO COLLODI

Las aventuras de
Pinocho

ILUSTRACIONES DE
FEDERICO DELICADO

TRADUCCIÓN DE
ESTHER BENÍTEZ

ANAYA

Título original: *Le avventure di Pinocchio*

© De la traducción: Esther Benítez
© De la ilustración: Federico Delicado, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Alejandra Navarro

Primera edición, abril 2018

ISBN: 978-84-698-3625-5
Depósito legal: M-2597-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	10
Capítulo 3	14
Capítulo 4	19
Capítulo 5	22
Capítulo 6	26
Capítulo 7	28
Capítulo 8	32
Capítulo 9	36
Capítulo 10	39
Capítulo 11	42
Capítulo 12	47
Capítulo 13	52
Capítulo 14	57
Capítulo 15	61
Capítulo 16	64
Capítulo 17	69
Capítulo 18	75
Capítulo 19	81
Capítulo 20	85
Capítulo 21	88

Capítulo 22	91
Capítulo 23	96
Capítulo 24	102
Capítulo 25	109
Capítulo 26	113
Capítulo 27	117
Capítulo 28	124
Capítulo 29	129
Capítulo 30	137
Capítulo 31	144
Capítulo 32	151
Capítulo 33	158
Capítulo 34	166
Capítulo 35	174
Capítulo 36	180

Capítulo 1

Cómo ocurrió que maese Cereza, el carpintero, encontró un pedazo de madera que lloraba y reía como un niño.

Érase una vez...

—¡Un rey! —dirán enseguida mis pequeños lectores.

No, muchachos, os habéis equivocado. Érase una vez un pedazo de madera.

No era una madera de lujo, sino un simple pedazo de leña de esos que en invierno se meten en las estufas y chimeneas para encender el fuego y caldear las habitaciones.

No sé cómo ocurrió, pero el caso es que, un buen día, ese trozo de madera llegó al taller de un viejo carpintero cuyo nombre era maese Antonio, aunque todos lo llamaban maese Cereza, a causa de la punta de su nariz, que estaba siempre brillante y violada como una cereza madura.

Apenas vio maese Cereza aquel trozo de madera, se alegró mucho; y, frotándose las manos de gusto, murmuró a media voz:

—Esta madera ha llegado a tiempo; voy a utilizarla para hacer la pata de una mesita.

Dicho y hecho. Cogió enseguida un afilado destal para empezar a quitarle la corteza y a desbastarla; pero cuando estaba a punto de dar el

primer golpe, se quedó con el brazo en el aire, porque oyó una vocecita muy fina que dijo, pidiendo gracia:

—¡No me golpees tan fuerte!

¡Figuraos cómo se quedó el bueno de maese Cereza!

Giró sus espantados ojos por toda la estancia, para ver de dónde podía haber salido aquella vocecita, y no vio a nadie; miró debajo del banco, y nadie; miró dentro de un armario que estaba siempre cerrado, y nadie; miró en la cesta de las virutas y del serrín, y nadie; abrió la puerta del taller, para echar también una ojeada a la calle, y nadie. ¿Entonces?...

—Ya entiendo —dijo, riendo y rascándose la peluca—; está visto que esa vocecita me la he figurado yo. Sigamos trabajando.

Y, volviendo a tomar el destal, descargó un solemnísimo golpe en el trozo de madera.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —gritó, quejándose, la vocecita de antes.

Esta vez maese Cereza se quedó de piedra, con los ojos saliéndosele de las órbitas a causa del miedo, con la boca abierta y la lengua colgándole hasta la barbilla, como un mascarón de fuente.

Apenas recuperó el uso de la palabra empezó a decir, temblando y balbuceando por el espanto:

—Pero ¿de dónde habrá salido esa vocecita que ha dicho «¡ay!»...? Aquí no se ve ni un alma. ¿Es posible que este trozo de madera haya aprendido a llorar y a lamentarse como un niño? No lo puedo creer. La madera, ahí está: es un trozo de madera para quemar, como todos los demás, para echarlo al fuego y hacer hervir una olla de habichuelas... ¿Entonces? ¿Se habrá escondido aquí alguien? Si se ha escondido alguien, peor para él. ¡Ahora lo arreglo yo!

Y, diciendo esto, agarró con ambas manos aquel pobre pedazo de madera y lo golpeó sin piedad contra las paredes de la estancia.

Después se puso a la escucha, a ver si oía alguna vocecita que se lamentase. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

—Ya entiendo —dijo entonces, esforzándose por reír y alborotándose la peluca—. ¡Está visto que esa vocecita que ha dicho «¡ay!» me la he figurado yo! Sigamos trabajando.

Y como ya le había entrado un gran miedo, intentó canturrear, para darse un poco de valor.

Entretanto, dejando a un lado el destal, cogió un cepillo para cepillar y pulir el pedazo de madera; pero, mientras lo cepillaba de arriba abajo, oyó la acostumbrada vocecita que le dijo riendo:

—¡Déjame! ¡Me estás haciendo cosquillas!

Esta vez el pobre maese Cereza cayó como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

Su rostro parecía transfigurado y hasta la punta de la nariz, que era violada casi siempre, se le había puesto azul por el miedo.

Capítulo 2

Maese Cereza regala el pedazo de madera a su amigo Geppetto, que lo coge para fabricar con él un maravilloso muñeco que sepa bailar, tirar de florete y dar saltos mortales.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Pasen —dijo el carpintero, sin tener fuerzas para ponerse en pie.

Entró entonces en el taller un viejecito muy vivaracho, que se llamaba Geppetto; pero los chicos del lugar, cuando querían enfadarlo, lo llamaban con el mote de Panocha, a causa de su peluca amarilla, que se parecía muchísimo a la panocha del maíz.

Geppetto era muy iracundo. ¡Ay de quien lo llamase Panocha! De inmediato se ponía hecho una fiera y no había quien pudiera contenerlo.

—Buenos días, maese Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué hace ahí, en el suelo?

—Enseño el ábaco a las hormigas.

—¡Que te vaya bien!

—¿Qué le ha traído por aquí, compadre Geppetto?

—Las piernas. Ha de saber, maese Antonio, que he venido a pedirle un favor.

—Aquí me tiene, a su disposición —replicó el carpintero, alzándose sobre las rodillas.

—Esta mañana se me ha metido una idea en la cabeza.

—Oigámosla.

—He pensado en fabricarme un bonito muñeco de madera; pero un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar de florete y dar saltos mortales. Pienso correr el mundo con ese muñeco, ganándome un pedazo de pan y un vaso de vino; ¿qué le parece?

—¡Bravo, Panocha! —gritó la acostumbrada vocecita, que no se sabía de dónde procedía.

Al oírse llamar Panocha, compadre Geppetto se puso rojo de cólera, como un pimiento, y volviéndose hacia el carpintero le dijo, enfadado:

—¿Por qué me ofende?

—¿Quién le ofende?

—¡Me ha llamado usted Panocha!

—No he sido yo.

—¡Lo que faltaba es que hubiera sido yo! Le digo que ha sido usted.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y acalorándose cada vez más, pasaron de las palabras a los hechos y, agarrándose, se arañaron, se mordieron y se maltrataron.

Acabada la pelea, maese Antonio se encontró con la peluca amarilla de Geppetto en las manos, y este se dio cuenta de que tenía en la boca la peluca canosa del carpintero.

—¡Devuélvame mi peluca! —dijo maese Antonio.

—Y usted devuélvame la mía, y hagamos las paces.

Los dos viejos, tras haber recuperado cada uno su propia peluca, se estrecharon la mano y juraron que serían buenos amigos toda la vida.

—Así, pues, compadre Geppetto —dijo el carpintero, en señal de paz—, ¿cuál es el servicio que quiere de mí?

—Quisiera un poco de madera para fabricar mi muñeco; ¿me lo da?

Maese Antonio, muy contento, fue enseguida a coger del banco aquel trozo de madera que tanto miedo le había causado. Pero, cuando estaba a punto de entregárselo a su amigo, el trozo de madera dio una sacudida y, escapándosele violentamente de las manos, fue a golpear con fuerza las flacas espinillas del pobre Geppetto.

—¡Ah! ¿Es esta la bonita manera con que regala su madera, maese Antonio? Casi me ha dejado cojo.

—¡Le juro que no he sido yo!

—¡Entonces, habré sido yo!

—Toda la culpa es de esta madera...

—Ya sé que es de la madera; pero ha sido usted quien me la ha tirado a las piernas.

—¡Yo no se la he tirado!

—¡Mentiroso!

—Geppetto, no me ofenda; si no, le llamo ¡Panocha!...

—¡Asno!

—¡Panocha!

—¡Borrico!

—¡Panocha!

—¡Mico feo!

—¡Panocha!

Al oírse llamar Panocha por tercera vez, Geppetto perdió los estribos y se lanzó sobre el carpintero; y se atizaron un montón de palos.

Acabada la batalla, maese Antonio se encontró dos arañazos más en la nariz y, el otro, dos botones menos en su jubón. Igualadas de esta manera sus cuentas, se estrecharon la mano y juraron que serían buenos amigos toda la vida.

De modo que Geppetto tomó consigo su buen trozo de madera y, dando las gracias a maese Antonio, se volvió cojeando a su casa.



Capítulo 3

Geppetto, una vez en casa, empieza a trabajar en su muñeco y le pone el nombre de Pinocho.

Primeras travesuras del muñeco.

La casa de Geppetto era una planta baja que recibía luz de una claraboya. El mobiliario no podía ser más sencillo: una mala silla, una cama no muy buena y una mesita muy estropeada. En la pared del fondo se veía un chimenea con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado y, junto al fuego, había una olla, también pintada, que hervía alegremente y exhalaba una nube de humo que parecía de verdad.

Tan pronto como entró en su casa, Geppetto tomó las herramientas y se puso a tallar y fabricar su muñeco.

—¿Qué nombre le pondré? —decía para sí—. Le voy a llamar Pinocho. Ese nombre le traerá suerte. He conocido una familia entera de Pinochos: Pinocho el padre, Pinocha la madre, Pinochos los niños, y todos lo pasaban muy bien. El más rico de ellos pedía limosna.

Cuando hubo encontrado el nombre de su muñeco empezó a trabajar de firme y le hizo enseguida el pelo, después la frente, luego los ojos.

Una vez hechos los ojos, figuraos su asombro cuando advirtió que se movían y lo miraban fijamente.



Geppetto, sintiéndose observado por aquellos ojos de madera, se lo tomó casi a mal y dijo, en tono quejoso:

—Ojazos de madera, ¿por qué me miráis?

Nadie contestó.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero esta, tan pronto estuvo hecha, empezó a crecer; creció y creció y en pocos minutos era un narizón que no acababa nunca.

El pobre Geppetto se cansaba de cortarla; cuanto más la cortaba y achicaba, más larga se hacía aquella nariz impertinente.

Después de la nariz le hizo la boca.

Aún no había acabado de hacerla cuando ya empezaba a reírse y a burlarse de él.

—¡Deja de reír! —dijo Geppetto, amoscado, pero fue como hablar con la pared.

—¡Te repito que dejes de reír! —gritó con voz amenazadora.

Entonces la boca dejó de reír, pero le sacó toda la lengua.

Geppetto, para no estropear sus proyectos, fingió no advertirlo y continuó trabajando.

Tras la boca, le hizo la barbilla, luego el cuello, los hombros, el estómago, los brazos y las manos.

Apenas acabó con las manos, Geppetto sintió que le quitaban la peluca. Se volvió y, ¿qué vieron sus ojos? Su peluca amarilla en manos del muñeco.

—Pinocho... ¡Devuélveme ahora mismo mi peluca!

Y Pinocho, en vez de devolvérsela, se la puso en su propia cabeza, quedándose medio ahogado debajo.

Ante aquel garbo insolente y burlón, Geppetto se puso tan triste y melancólico como nunca en su vida había estado. Y, volviéndose a Pinocho, le dijo:

—¡Bribón de hijo! ¡Todavía estás a medio hacer y ya empiezas a faltarle al respeto a tu padre! ¡Mal, hijo mío, muy mal!

Y se enjugó una lágrima.

Solo quedaban por hacer las piernas y los pies.

Cuando Geppetto hubo acabado de hacerle los pies, recibió un puntapié en la punta de la nariz.

—¡Me lo merezco! —se dijo para sí—. Debía haberlo pensado antes. ¡Ahora ya es tarde!

Tomó después al muñeco bajo el brazo y lo posó en tierra, sobre el pavimento de la estancia, para hacerlo andar.

Pinocho tenía las piernas entumecidas y no sabía moverse, y Geppetto lo llevaba de la mano para enseñarle a poner un pie detrás del otro.

Cuando hubo desentumecido las piernas, Pinocho empezó a andar solo y a correr por la estancia; hasta que, cruzando la puerta de la casa, saltó a la calle y se dio a la fuga.

El pobre Geppetto corría tras él sin poder alcanzarlo, porque el granuja de Pinocho andaba a saltos, como una liebre; golpeando con sus pies de madera el enlosado de la calle, hacía tanto estruendo como veinte pares de zuecos aldeanos.

—¡Agárrenlo, agárrenlo! —gritaba Geppetto; pero la gente que estaba en la calle, al ver a aquel muñeco de madera que corría como un loco, se paraba embelesada a mirarlo, y reía, reía, reía como no os podéis imaginar.

Por suerte, al final llegó un guardia, el cual, al oír todo aquel alboroto, creyó que se trataba de un potrillo que se había encabritado con su dueño, y se plantó valerosamente en medio de la calle, con las piernas abiertas, con la decidida intención de pararlo y de impedir que ocurrieran mayores desgracias.

Pinocho, cuando vio de lejos al guardia que obstruía toda la calle, se las ingenió para pasarle por sorpresa entre las piernas, pero falló su treta.

El guardia, sin moverse siquiera, lo agarró limpiamente por la nariz (era un narizón desproporcionado, que parecía hecho aposta para ser agarrado por los guardias) y lo entregó en las propias manos de Geppetto; este, como correctivo, quería darle un buen tirón de orejas enseguida. Pero figuraos cómo se quedó cuando, al buscarle las orejas, no logró encontrarlas. ¿Sabéis por qué? Porque, con las prisas, se había olvidado de hacérselas.

Así que lo agarró por el cogote y, mientras se lo llevaba, le dijo, menearlo amenazadoramente la cabeza:

—¡Vámonos a casa! ¡Cuando estemos en casa, no te quepa duda de que ajustaremos cuentas!

Pinocho, ante semejante perspectiva, se tiró al suelo y no quiso andar más. Entretanto, curiosos y holgazanes empezaban a detenerse alrededor y a formar corro.

Quién decía una cosa, quién otra.

—¡Pobre muñeco! —decían algunos—. Tiene razón en no querer volver a casa. ¡Quién sabe cómo le va a pegar ese bruto de Geppetto!

Y otros añadían malignamente:

—¡Ese Geppetto parece una buena persona! ¡Pero es un verdadero tirano con los niños! Si le dejan a ese pobre muñeco entre las manos, es muy capaz de hacerlo trizas.

En fin, tanto dijeron e hicieron que el guardia puso en libertad a Pinocho y se llevó a la cárcel al pobre Geppetto. Este, no teniendo palabras para defenderse, lloraba como un becerro y, camino de la cárcel, balbucía sollozando:

—¡Qué calamidad de hijo! ¡Y pensar que he sufrido tanto para hacer de él un muñeco de bien! ¡Pero me está bien empleado! ¡Debía haberlo pensado antes!

Lo que sucedió después es una historia increíble, y os la contaré en los próximos capítulos.

P

inocho es un muñeco al que ha dado vida el anciano Geppetto, un carpintero que, ante el deseo de ser padre, talló un bloque de madera dándole forma de niño. Pinocho resulta ser un hijo desobediente y maleducado que se mete en muchos problemas por su falta de juicio, a pesar de todas las advertencias. Pero gracias al Hada de cabellos azules y al Grillo parlante aprenderá qué es lo importante en la vida.

«Pinocho es una historia sin geografía y sin tiempo».

Luigi Malerba

«En la historia de personajes como Pinocho está escondido el sentido de nuestra misma existencia».

Giorgio Manganelli

«Hay que considerarlo entre los grandes libros de la literatura italiana».

Italo Calvino



1541174

ISBN 978-84-698-3625-5



9 788469 836255

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com